

## Romanos 11:33-36

Rom. 11:33-36 1 de setiembre de 1996. Pent. 14 Lect. Ex. 6:2-8  
Mat. 16:13-20

<sup>33</sup> ¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos! <sup>34</sup> Porque: *¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero?* <sup>35</sup> *¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?* <sup>36</sup> Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

Pablo comienza nuestro texto con una gran exclamación, llena de emoción, de asombro, de adoración: “Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios”. Ha llegado a la conclusión de la parte doctrinal de su Epístola a los Romanos. En ella ha trazado los grandes temas del mensaje del evangelio. Mediante su palabra, Dios encerró a todos bajo pecado, pero solamente para luego hablarles de la misericordia y la gracia, de la redención que hay en Jesucristo. Tocó los grandes temas de la providencia de Dios, de la manera en que absolutamente todo, parezca bien o mal, tiene que ayudar a bien a los que son llamados conforme a su propósito, y que nada puede separarnos del amor de Dios. Ha tocado los misterios de la divina presciencia y la predestinación, y ha trazado en la historia el trato de Dios con judíos y gentiles, endureciendo a los primeros en su incredulidad para que el evangelio llegue a los gentiles y las ramas silvestres sean injertadas en el olivo fino en el lugar de los que fueron cortados, para, maravilla de maravillas, usar esos mismos gentiles creyentes para finalmente provocar a celos a los elegidos de entre los judíos, de modo que ellos también vuelvan a formar parte del árbol y sean salvos. Al repasar otra vez tanto lo que Dios ha revelado de su plan de salvación, y los misterios que él todavía mantiene escondidos en su propio consejo, Pablo no puede hacer otra cosa que exclamar: “Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios.”

Pablo, emocionado, alaba a Dios por la riqueza de la sabiduría y el conocimiento de Dios. ¿Qué hombre habría encontrado un plan de salvación como el que encontró Dios? ¡Ninguno! El hombre pregunta cómo Dios puede haber creado el mundo cuando supo que el hombre se pondría rebelde y pecaría y se haría sujeto a la condenación. Pero lo hizo, y lo hizo con una riqueza de sabiduría y conocimiento que ningún hombre igualará jamás. Porque no solo hizo el mundo, sino formó un plan totalmente adecuado para redimir al hombre y rescatarlo del pecado y la destrucción. Porque este plan fue hecho aun

antes de la necesidad del plan. “El, a la verdad, fue destinado **desde antes de la fundación del mundo**, pero ha sido manifestado en los últimos tiempos por causa de vosotros. Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó de entre los muertos y le ha dado gloria; de modo que vuestra fe y esperanza estén en Dios” 1 Pet. 1:20. Y cuando los hombres pecadores con su desobediencia e incredulidad parecían como si iban a frustrar por completo el cumplimiento de su plan, Dios supo muy bien, aun por medio del terrible juicio del diluvio, salvar a los que eran suyos. “y si tampoco dejó sin castigo al mundo antiguo, pero preservó a Noé, heraldo de justicia, junto con otras siete personas, cuando trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos... entonces el Señor sabe rescatar de la prueba a los piadosos y guardar a los injustos para ser castigados en el día del juicio” 2 Pet. 2:5, 9.

Verdaderamente son ricas, abundantes, la sabiduría y el conocimiento de Dios hasta donde nos han sido reveladas en la Sagrada Escritura. Con Pablo, nosotros, que hemos recibido de la maravillosa gracia del Señor, que por la fe hemos sido hechos partícipes, sin ningún mérito de nuestra parte, de la salvación de nuestro Dios por la fe en su Hijo Jesucristo, debemos exclamar y cantar las alabanzas de la grandeza de su sabiduría y conocimiento, porque supo hacer todo bien, y no dejó nada sin hacer que promoviera nuestra salvación. ¿No debe nuestro corazón unirse en exclamaciones y cánticos de alabanza? Si con Pablo hemos visto la salvación de nuestro Dios, ¿podemos quedarnos indiferentes y fríos? De ningún modo. Nosotros también, al ver lo que Dios ha revelado, tendremos que exclamar: “¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios!”

Pero Dios debe ser alabado no solamente por lo que ha revelado a nosotros, sino también en el profundo misterio de su consejo que él mantiene oculto en su propio corazón. Por mucho que ha revelado a nosotros, y no ha dejado nada sin revelar que realmente atiene a nuestra salvación, (las Escrituras nos pueden hacer sabios para la salvación), también hay muchas preguntas que podemos hacer a las cuales Dios no ha escogido revelarnos la respuesta. Esto también debemos reconocer, y adorar. Así dice también nuestro texto: “¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!”

El hombre se pone lleno de preguntas. Ya hemos mencionado una. Si Dios sabía que el hombre iba a pecar, ¿por qué lo creó? Pero hay muchas otras. Si todos los hombres son igualmente condenados por naturaleza, y nadie puede sacarse de su condenación sino por la gracia de Dios, ¿por qué salva Dios a uno y no al otro? ¿Si Dios ha escogido algunos para la salvación desde antes de la fundación del mundo, no ha escogido por

lógica a los otros para la condenación? ¿Por qué el favor particular a la nación judía durante los milenios en que los gentiles andaban en tinieblas, y por qué precisamente en el momento cuando llegó el Salvador que fue prometido a los judíos, los judíos lo rechazan en la incredulidad con el resultado de que Dios utiliza esto para llevar la salvación a los gentiles? ¿Y por qué usa Dios ese modo para finalmente provocar a celos a un remanente de los judíos de modo que finalmente también ellos hereden las promesas hechas a sus antepasados? Todas son preguntas interesantes, pero más allá de lo que nos ha dicho en la Escritura para nuestra salvación no podemos penetrar. Es la naturaleza de los juicios o decisiones de Dios y de sus caminos que nuestra mente pequeña no puede penetrarlos. El que trata de hacerlo, terminará aplastado: “¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!” Queda cierto lo que Moisés escribe a los Hijos de Israel: “Las cosas secretas pertenecen a Jehovah nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos” Deut. 29:29.

Esto es ilustrado también con dos citas de las Escrituras. “Porque: *¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero? ¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?*” El primero de estos versículos viene de Isaías 40. Allí se refiere a la sabiduría y el conocimiento de Dios con que hizo el mundo, de modo que, en comparación con él y su sabiduría, todos los hombres son como nada. “¿Quién midió las aguas en el hueco de su mano y calculó la extensión de los cielos con su palmo? ¿Quién contuvo en una medida el polvo de la tierra, y pesó los montes con báscula y las colinas en balanza? ¿Quién ha escudriñado al Espíritu de Jehovah, y quién ha sido su consejero y le ha enseñado? ¿A quién pidió consejo para que le hiciera entender, o le guió en el camino correcto, o le enseñó conocimiento, o le hizo conocer la senda del entendimiento?”

Si alguien estaba allí para aconsejar a Dios, para decirle cómo debe hacer el mundo, podría decir que él entendía los pensamientos de Dios. Pero nunca será así. El hombre queda la criatura, y Dios el sabio y potente Creador. Cuando el hombre se levanta, entonces, pretendiendo ser más sabio que Dios, cuando el hombre pretende penetrar en los secretos del corazón de Dios, es altivez y orgullo, es rebelión y transgresión. Aun los piadosos son tentados a caer en esta trampa. Así sucedió con Job, que quería llamar a Dios a cuentas por la manera en que estaba gobernando su vida, forzar a Dios a contestar la pregunta: ¿por qué? Tuvo que ser recordado en palabras similares a la cita de Isaías: “Entonces Jehovah respondió a Job desde un torbellino y dijo: ¿Quién es ese que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento? Cíñete, pues, los lomos como un hombre; yo te preguntaré, y tú me lo harás saber: ¿Dónde estabas tú cuando yo

fundaba la tierra? Házme saber, si tienes entendimiento. ¿Quién determinó sus medidas? Porque tú lo debes saber. ¿O quién extendió sobre ella un cordel? ¿Sobre qué están afirmados sus cimientos? ¿O quién puso su piedra angular, cuando aclamaban juntas las estrellas del alba, y gritaban de júbilo todos los hijos de Dios?

“¿Quién contuvo mediante compuertas el mar, cuando irrumpiendo salió del vientre; cuando le puse las nubes por vestido y la oscuridad como pañal? Yo establecí sobre él un límite y le puse cerrojos y puertas. Le dije: "Hasta aquí llegarás y no seguirás adelante. Aquí cesará la soberbia de tus olas."

“¿Alguna vez en tu vida diste órdenes a la mañana? ¿Has mostrado a la aurora su lugar, para que al tomar por los extremos la tierra, sean sacudidos de ella los impíos?” Job 38:1-13. Si hemos sido partícipes con Dios en la obra de la creación, si el mundo debe su existencia a nosotros, tal vez podamos comprender los pensamientos de Dios. Pero si no, callemos y adoremos.

La otra cita viene del mismo libro de Job. “¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?” Si alguien hubiera estado en una posición de dar primero a Dios, entonces Dios sería su deudor, y Dios le tendría que dar al menos una explicación. Pero no es así. Dios sigue siendo el que soberanamente distribuye sus dones, “porque mía es toda la tierra”- ¡Qué apropiado es esta cita cuando Pablo especialmente tiene ante su visión los grandes hechos de la salvación! ¿Quién puede presentar el menor reclamo, insistir en el menor derecho ante Dios en el asunto de la justificación? Cuando él justifica, es una declaración de pura misericordia hecha al “impío.” Allí no hay mérito, no hay reclamo. Hay solamente la insondable bondad de Dios que no tiene explicación para nuestra mente. Otra vez, nuestro lugar no es cuestionar ni curiosear, sino adorar.

Y eso es precisamente lo que hace Pablo, invitándonos a unirnos con él. “Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén”. “De él” son todas las cosas. El es el Creador de todo y su soberano Señor. “Por medio de él” son todas las cosas. No pasa nada que no pasa por sus manos. Las manos de aquel que es amor, de aquel que es nuestro Redentor. Por eso con toda confianza podemos decir: “Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito” (Rom. 8:38). Y “para él” son todas las cosas. Todo tiene un solo propósito, que es glorificarle a él. En reconocimiento de lo cual nosotros también diremos: “A él sea la gloria por los siglos”. Sí, gloria a nuestro Creador. Gloria a

nuestro Redentor. Gloria a aquel que nos ha rescatado de la perdición y la muerte y nos ha transferido en el reino de vida de su amado Hijo. Gloria a aquél que puede preservarnos hasta el fin, y darnos una corona de vida. “Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”. Oh Señor, recibe también de nuestras pobres voces, algo de esta prez y alabanza. Amén.